

Buenos Aires, diciembre 21/1955

Sr. Manuel Rojas
Llewellyn Jones 1212
SANTIAGO - Chile

Mi querido amigo:

Permitame que le llame así: amigo. A veces nos ocurre, verdad?, que nos hacemos un amigo en la persona de alguien alejado en el espacio o en el tiempo; de alguien de quien no recibimos ni recibiremos mayores noticias, y que tampoco las recibe o las ha recibido nuestras. No nos comunicamos, pero intuimos que no es necesario - no es imprescindible, por lo menos - para que esa amistad, nacida de quién sabe qué resonancias armónicas, u originada en francas contradicciones, se perfeccione a su particular manera. Algo así me ha pasado con usted.

Comenzamos a ser amigos en 1926, cuando leí sus Hombres del Sur, que conservo celosamente. Luego de un muy largo intervalo, encontré alguna vez su nombre en la siempre recomenzada Babel del incansable amigo Espinosa; más tarde tuve el gran placer de que nos encontráramos en una antología portorriqueña, en la que su extraordinario Vaso de Leche me ahogó de emoción; últimamente fué su ruda y dolorosa novela Hijo de Ladrón, y ahora...

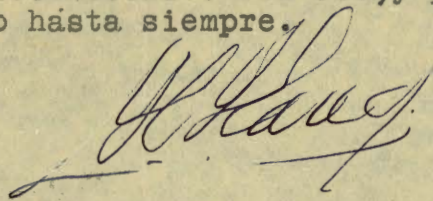
Y ahora, mi amigo, tengo una vez más en las manos su Deshecha Rosa. Miro con vergüenza la fecha de la cordial dedicatoria: 1-III-55. Pero, no es esto, me digo, una prueba de amistad? Sólo con un amigo cuyo generoso perdón se da anticipadamente por seguro puede uno permitirse una cosa semejante. Sin embargo, no; admito que ha tenido usted razón si ha pensado mal de mí en todo este tiempo de injustificable silencio.

Su poderoso poema me ha sacudido por igual las numerosas veces que lo he leído y releído. Qué tremendo coraje y qué impetuosa alma se necesita tener para escribir y publicar tales versos! Pocas veces se habrá escrito un poema tan violentamente carnal, tan suciamente humano, con todo lo que de entrañablemente sucio hay en nuestro amor y en nuestra hambre, en nuestro dolor y en nuestro placer, y pocas veces una composición semejante habrá estado al mismo tiempo tan penetrada de espíritu, tan sacudida por violentos ramalazos de lirismo.

Hay en su poema una especie de impudor sagrado y una sombría furia furia, disfrazada a veces de humorismo, que inhiben el tipo de juicio con que pesamos y medimos corrientemente la literatura. (Literatura...!) Cómo juzgar el desbordamiento de un alma torturada, el torrente de lacerante sinceridad de un dolor que aúlla su imposibilidad de conformidad, de resignación? Las represiones que un viejo hábito moral han hecho carne en uno tratan de formular objeciones a cada paso, pero el torrente las derriba, las arrebatada en su rodar desbordado. Y al fin nos dejamos ir con él,

humanos, nada más que humanos, transidos de un noble dolor compartido, maravillados de una misma, apasionada revelación.

Tal es su triunfo, mi querido amigo, y yo me complazco inmensamente en reconocerlo. Por eso, y por todo, lo abrazo desde aquí y le digo hasta siempre.



Héctor I. Eandi

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas